

LOS GATOS DEL ZAPILLO

PABLO TORRES



Image not found.

Capítulo 1

LOS GATOS DEL ZAPILLO.

El primer caso del que se tuvo conocimiento fue en febrero de este año. Por lo que nos contaron, el contagio se produjo en uno de los espigones del Zapillo, uno de los pescadores que pululaban con sus cañas de pesca de madrugada fue mordido por un felino infectado. Su familia al ver las reacciones extrañas, y la sudoración excesiva lo trasladaron al Centro de Salud, donde le recetaron paracetamol (el milagro de los pobres) y lo enviaron a casa. Horas después entraba en Torrecárdenas con convulsiones y los primeros efectos de la transformación.

Por eso se le llama a esta mierda el síndrome de los gatos del Zapillo. Perdón por la expresión, yo solía ser un hombre muy educado, pero en estos dos meses creo que a toda Almería se nos ha ido un poco la cabeza. Tengo poco tiempo y quisiera dejar por escrito la verdad de las cosas, o por lo menos mi verdad, antes que la fiebre y las convulsiones me lo impidan.

Los casos aumentaron de forma exponencial, se habilitaron salas especiales en el Hospital Provincial y en la Bola Azul, pero eso no hizo sino aumentar los contagios. Esto es España y para más ende, Andalucía, aquí nunca se dice la verdad completa y los responsables se van pasando el muerto los unos a los otros traspasando un legado de medias verdades y falsas mentiras de inepto a inepto. En los primeros quince días los contagiados fueron millares.

Pronto empezó el miedo, por una parte los políticos y gerifaltes querían que la normalidad se mantuviese así que lo único que se hizo fue crear zonas restringidas, donde los gatos callejeros habían tomado las calles, se limitó el tránsito de personas y la policía intentó crear guetos en barrios determinados. Por supuesto los barrios elegidos fueron Pescadería y el Puche, los buenos almerienses, la gente de bien, seguían tomando cerveza en las terrazas del Paseo, y paseaban por la Rambla como si aquello no fuera con ellos. La jodimos bien jodida. (vuelvo a pedir perdón por la expresión, creo que es la fiebre)

La gente empezó a tener constancia de la gravedad de la situación la mañana en que se supo que el Delegado del Gobierno, el Alcalde y el Presidente de la Diputación, todos, con sus adláteres correspondientes, habían abandonado la ciudad. Estábamos solos, rodeados de gatos y mentiras.

En un primer momento la gente creó agrupaciones de barrio para eliminar a los felinos callejeros, pero eso empeoró la situación, no había medios y cada estamento médico recomendaba un protocolo de actuación que contradecía al de sus colegas. Fue el caos, hubo miles de infectados más, los centros médicos estaban abarrotados y un hedor a pis de gato empezaba a inundar la ciudad.

Siete de marzo, un día que se inscribirá en la historia de la infamia, la Señora Presidenta nos traicionó. La verdad es que yo nunca me fié de esa rubia de bote con cara de gata siamés preñada (perdón la fiebre).

Almería, tierra de acogida, el refugio de tantos en la guerra civil, fue abandonada a su suerte. Fue un arañazo en las entrañas de este pueblo-ciudad.

Se puso en cuarentena a toda la población y los almerienses, los buenos almerienses, que siempre estuvimos tan orgullosos de nuestras fuerzas armadas vimos como los tanques de la brigada legionaria nos apuntaban a nosotros. La Señora Presidenta había ordenado que el ejército se ocupara de cercar la ciudad y que ninguna persona pudiese salir ni entrar.

Estábamos solos, rodeados de gatos y ahora de legionarios.

La buenas familias con recursos, alertadas por un Diputado conservador, buen cristiano, señorito andaluz como ellos y gran amante de la caridad cristiana, cargaron con todos sus enseres de valor y billetes de quinientos euros y abandonaron la ciudad en los últimos aviones que salieron del aeropuerto, cercado ya por un ejército que hizo la vista gorda en este caso (era lo mejor de Almería, había que salvarlo a tiempo)

Por supuesto los centenares de obras de arte de los museos, se quedaron tiradas, pronto serán pasto de las uñas de los gatos, a quién le importan esas gilipolleces.

En la Puerta de Purchena empezó a declamar un sacerdote famélico y pálido, que a voces increpaba a los pocos transeúntes que osaban transitar por las calles en busca de comida. Sus gritos pronto inundaron la ciudad "esta plaga es un castigo de Dios por no haber cumplido sus designios, por no rezar y por abandonar el camino de la limpieza de la raza". Tócate los cojones (perdón pero me pueden ya los escalofríos). En una ciudad con la babilonia étnica que existe en Almería, donde se entremezclan las comunidades musulmana, rusa, rumana, latinoamericana, etc... hablar de la "limpieza de raza", es para mearse y no echar gota (empiezo a utilizar expresiones más de animal que de persona, es la infección).

Empezó la caza al hombre, nos volvimos animales, tu vecino era tu enemigo y las escenas que vivimos fueron terroríficas. No se respetaron ni mujeres, ni a niños, ni a ancianos. Cuadrillas armadas de desalmados unidos por los lazos étnicos y el miedo, barrieron las calles de la ciudad, que empezaron a llenarse de muertos, que nadie recogía, y que pasaban a ser comida de los gatos, cada vez más numerosos.

Una furia felina nos empujaba a unos contra otros y pronto perdimos la poca humanidad que nos quedaba, todo era matar y alimentarse.

Ayer llamaron a mi puerta, era una niña pequeña llorando, me tapé los oídos y cerré los ojos, pero su aullido lastimero y los arañazos en la puerta se me clavaban en las sienes como garras. Cogí un trozo de pan mohoso, el último que quedaba, y abrí con intención de entregárselo, no tuve tiempo, la cría, medio gata ya, me mordió la mano en cuanto la tuvo a su alcance.

Todo está perdido, la noche la pasé entre escalofríos y fiebre, sudores y temblores. Por la mañana, mis ojos eran amarillos, y escribo en mi portátil estas líneas, con unas manos casi garras, de uñas retráctiles y largas.

Ya no sé lo que soy, no sé si creo en Dios o en las sardinas, pero deseaba

contar la verdad antes de ser gato definitivamente, no sé si valdrá de algo.

Si alguien llega a leer esto, que sepa lo que pasó, y cómo.

Lo siento no puedo más, adiós... MIAU.